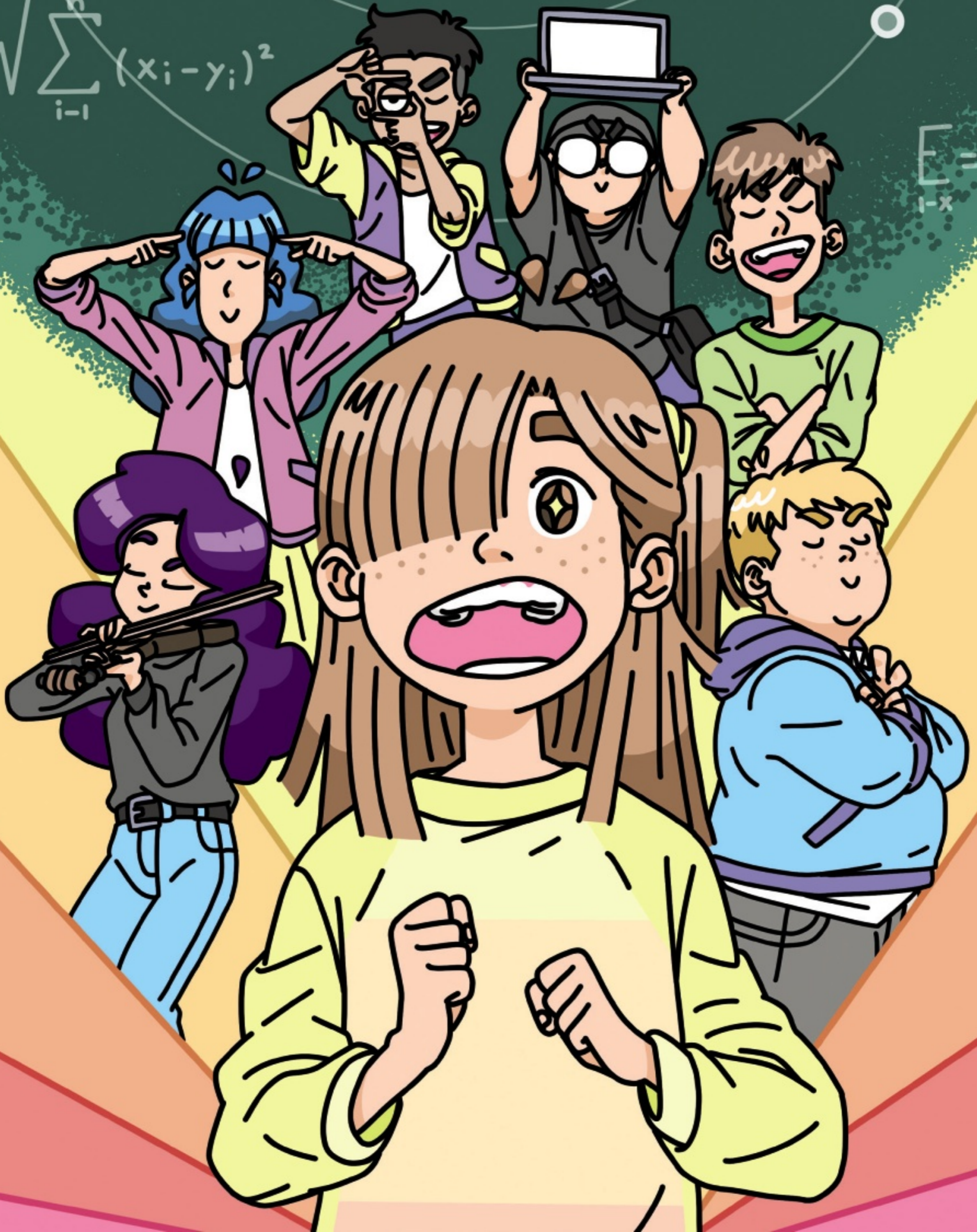


JORDI SIERRA I FABRA

ILUSTRACIONES DE ÁLEX GIMÉNEZ

EL CLUB DE LOS ESPECIALES



EL CLUB DE LOS
ESPECIALES

1.ª edición: septiembre 2021

© Del texto: Jordi Sierra i Fabra, 2021
© De las ilustraciones: Álex Giménez, 2021
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-8859-9
Depósito legal: M-20983-2021
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

JORDI SIERRA | FABRA

EL CLUB DE LOS ESPECIALES

ILUSTRACIONES DE ÁLEX GIMÉNEZ



ANAYA

*A quienes creen que tener una habilidad es tener un defecto,
se sienten raros por ello y lo que más desean es ser «normales».*

CAPÍTULO 1

EL SECTOR OESTE

Había oído hablar del Sector Oeste, pero nunca se habría imaginado que acabaría allí.

Lo del Sector Oeste no era porque el pabellón del recinto escolar estuviera orientado hacia el oeste o en ese punto cardinal concreto, sino más bien porque los demás estudiantes se referían a esa parte como la de las películas de indios y vaqueros, wésterns, o sea, las películas «del oeste».

Los vaqueros eran los profesores y los indios, los estudiantes confinados en ese lugar.

Ella era ahora una india.

Todo había comenzado unos meses atrás, cuando, pese a sus esfuerzos por mantener oculta su «peculiaridad», habían acabado por descubrirla. Empezaron los rumores, los cuchicheos, las reuniones en Dirección, las charlas con sus padres...

Justo lo que Laia había tratado de evitar.

Ya era imposible.

¿Cómo se detiene un huracán una vez desatado?

—¿Pero tú desde cuándo lo sabes? —insistió su madre.

—Creo que mi abuelo Federico tenía lo mismo —asintió su padre.

—¿Cómo va a parecerse a tu abuelo Federico? —le increpó ella.

—No digo que se parezca, solo que tenía lo mismo.

—¡Pero si murió cuando apenas eras un crío!

—¿Y qué? Me lo contaron.

—¡Eso fue hace la tira de años! ¡Las cosas cambian!

—Pero está la genética. Y, además, ¿qué tienen que ver los nuevos tiempos con las cosas mentales? Siempre ha habido superdotados.

Salió la palabra.

Desde luego, daba miedo.

—¡No la llames «superdotada»! —gritó su madre.

—A ver, ¿entonces cómo la llamamos?

—Tiene una... peculiaridad, nada más.

—Marta, no es una peculiaridad. No lo minimices tanto.

—¡Ernesto, a veces te mataría!

—¡Quieres hacer el favor de callarte y de centrarte!

—¡Para centrarme estoy yo! —Y se había echado a llorar.

Laia se sintió como un monstruo. Peor que nunca.

Luego, otra vez la pregunta:

—¿Pero tú desde cuándo lo sabes?

—Mamá, a mí qué me cuentas. Yo lo veía normal.

—Normal, normal... no es, hija.

—¿Y qué quieres que te diga? Mira, el hijo de los vecinos: nació sin olfato. ¿Y cuándo se dieron cuenta? Pues cuando él tenía ya siete u ocho años, el día que le metieron las malolientes zapatillas sudadas bajo la nariz y no puso ni cara de asco. ¡Nadie se había dado cuenta, y menos él! Si no sabes qué es el olfato, no puedes darte cuenta de que no lo tienes.

—¿Qué tiene que ver el olfato con lo tuyo?

—Nada, mamá, es solo un ejemplo.

—¡Pues maldita la gracia de ejemplo! —se desesperó—.
¿Qué vamos a hacer?

Lo del «qué iban a hacer» se lo dijeron en la escuela unos días después. En la reunión estaban presentes la directora y el profesor de Lengua que había detectado la «peculiaridad».

—No puede seguir en el mismo curso —anunció la directora, muy seria.

—¡Ay, Señor! —dijo la madre de Laia.

—Por un lado, va adelantada y se aburre con las clases normales. Por el otro, es demasiado lista y el resto se siente incómodo.

—¡Ay, Señor! —volvió a decir la madre de Laia.

—Hemos de enviarla al pabellón de estudiantes con propiedades... especiales —fue taxativa la directora.

—¡Ay, Señor! —gimió aún más acusadamente la madre de Laia.

—¡Mamá! —la reprendió su hija.

—Sí, Marta. Ya está bien —le reprochó su marido.

Los fulminó a los dos con una mirada de aúpa. Pero más de aúpa fue la que les lanzó a ellos, a la directora y al profesor de Lengua.

—Así, sin más, como si fuera una apestada. —Se puso en plan trágico.

—Caray, señora —intervino el profesor—. Tiene una hija brillante, lista, con un futuro inmenso si sabemos canalizar su habilidad, y ella está dispuesta a aprovecharla. Lo único que hacemos es darle la oportunidad, separarla de... No sé cómo decirlo, ¿los «mediocres»? No, no sería justo. Digamos los «normales», si me permite usar la expresión, y rodearla de los compañeros y los instrumentos necesarios para que estudie, avance y crezca en el marco adecuado.

—¿Sabe cómo llaman los «normales», como usted dice, a los que estudian aparte en ese pabellón?

—Sí, los llaman los «sabelotodo».

—¿Laia?

—Mamá...

—Ella dice que los llaman los «cabezacuadrada», los «prin-gados», los «marcianos»...

—Bueno, ya sabe cómo son los chicos —quiso contempo-rizar la directora.

—No, no lo sé. —Se puso farruca, casi al borde del ataque de nervios.

—Señora —intervino de nuevo el profesor de Lengua—. Imaginamos que para usted esto es nuevo, pero le aseguro que, si su hija tiene un don, ha de aprovecharlo.

—¿Llama un don... a «eso»?

—Sí, es un don —se puso serio el hombre—. Y mejor le iría a Laia si contara con su apoyo. Tal y como habla parece que en lugar de tener una hija superdotada tenga...

Se ahorró la palabra «monstruo». Laia quería salir corriendo.

Bastante rara se sentía ella como para, encima, ver la forma en que se lo tomaba su madre.

Su padre le guiñó un ojo. Eso le dio ánimos.

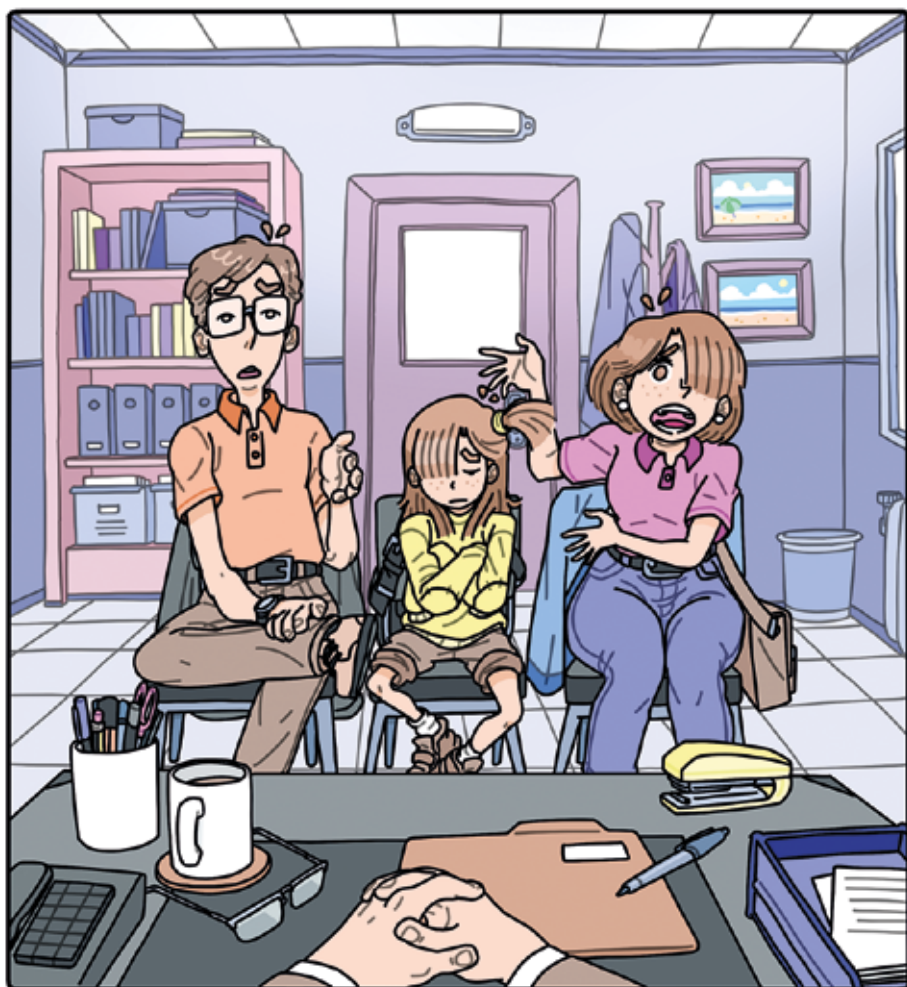
—Bueno, no se hable más —dio por terminada la charla la directora—. El lunes, Laia cambiará de clase, eso es todo. Y seguirá un programa de educación personalizado. Por suerte, el Estado está más sensible frente a estos casos que antes. Tenemos ayudas y la sagrada misión de no dejar escapar el talento por falta de medios. Posiblemente incluso disponga de becas para cursar estudios superiores en el futuro. Todo depende de su evolución. Todavía es muy joven, ¿verdad, Laia?

Laia se encogió de hombros.

¡Joven?

Bueno, a punto de cumplir doce años en una semana, así que imaginaba que sí.

La suerte estaba echada.



ÍNDICE

Capítulo 1. El Sector Oeste	9
Capítulo 2. La profesora Ágatha	14
Capítulo 3. X-Men versión bichos raros	19
Capítulo 4. Las asombrosas «peculiaridades»	23
Capítulo 5. Laia la USB	28
Capítulo 6. Frikilandia	31
Capítulo 7. Un nuevo mundo	35
Capítulo 8. La asombrosa Teoría de las Sombras	39
Capítulo 9. Especiales unidos... ..	44
Capítulo 10. De colonias..., pero diferentes	50
Capítulo 11. La noche antes	53
Capítulo 12. El secuestro de la profesora Ágatha	58
Capítulo 13. Primeras pesquisas	62
Capítulo 14. Un concierto en las ruinas	67
Capítulo 15. La casa misteriosa	70
Capítulo 16. Voces extranjeras	75
Capítulo 17. El complot	78
Capítulo 18. Número monta el número	82

Capítulo 19. En la boca del lobo	87
Capítulo 20. La gran actuación de Laia (bueno, USB) ...	95
Capítulo 21. Una jaula de grillos	100
Capítulo 22. Bien está lo que bien acaba	103